

Humor **NEGRO** *forever*

Alfredo Taján

Voy a narrarles una anécdota que hace años me sucedió en Granada, cuando cursaba tercero de derecho. Una de esas tardes melancólicas que invadían, y siguen invadiendo, a la ciudad nazarí, me lancé a las calles porque no soportaba más el lento declinar que embarga a las especies vespertinas, la nostalgia que anega el alma, flor azabache la llamó Francisco Nieva; me lancé a la calle para librarme de la profunda desazón que sentía en aquella celda que me habían asignado en el imponente Colegio Mayor Santa Cruz La Real, que, por cierto, había sido sede universal de la Segunda Regencia del Cardenal Cisneros (1516-1517), sin duda más *oscura* que la primera.

Entre los colegiales se rumoreaba *sotto-voce*, en aquellas noches extraviadas por las anfetaminas que duraban hasta el amanecer, una historia tan antigua como la del propio convento. Tras descender por la ancha escalera de homenaje, y antes de salir por la puerta principal, en el lateral izquierdo de aquel claustro cuya fuente central, en primavera, se cubría de enormes rosas rojas y amarillas, la tradición colegial sostenía que se hallaba sepultado un tesoro macabro. Se trataba de una espeluznante variedad de instrumentos de tortura que habían sido utilizados por la Santa Inquisición en sus años de máximo rigor que, parece ser, coincidieron con la Segunda Regencia del también lúcido político y reformador religioso -todo escarnio y toda gloria deben pesar en la balanza- que fue Francisco de Cisneros. Lo cierto es que al fondo de aquella siniestra esquina, disimulada entre un banco largo y pesado, y un cortinaje de terciopelo rojo oscuro, una vez arrastrado el banco hacia fuera, y parcialmente corrida la cortina, saltaba a la vista una losa de piedra marcada sobre el suelo y sellada por dos potentes candados. Sobre la losa podía leerse una inscripción en latín: *Deus vul te ad latus suum*, Dios te quiere a su lado.

Una madrugada, aquellos ilusos jóvenes románticos, a lo E.T.A Hoffman, que éramos, intentamos levantar aquella losa sin éxito, al contrario, lo que conseguimos es que casi nos expulsaran a nosotros del colegio cuando un par de frailes dominicos nos sorprendieron, y sigilosamente avisaron al director, lo que provocó escenas gótico-peripatéticas cuando los dos frailes, escoltados por la autoridad, hicieron acto de presencia, de puntillas, iluminados por velones entre espesas veladuras nocturnas que parecían extraídas de la productora británica de terror *Hammer*. Al ver a la Santa Trinidad el grupo de profanadores se disolvió ocasionando una estampida general,

incluidos patinazos, gritos histéricos y risas convulsas que preludiaban un castigo atroz que al final no se produjo, sólo una ligera reprimenda y la satisfacción del director por habernos espantado. “Nunca jamás volváis a intentarlo”, nos ordenó con voz grave y mirándonos, uno a uno, a los ojos.

Majestuoso el edificio, aunque mi habitación era minúscula, aquella tarde me dispuse a dar un largo paseo, huyendo de mí mismo y de mi circunstancia, y fui a dar a calle Mesones, una angosta arteria, y sin embargo arrogante y comercial, que discurre entre Recogidas y Plaza de la Trinidad, paralela, por uno de sus tramos, a la Plaza de Bib-Rambla. Siempre que pasaba por allí solía detenerme frente al escaparate de un popular estudio fotográfico porque en él rezaba la foto coloreada de una modelo, ya pasada de moda en aquella época, con los labios pintados de un rojo sangre-pichón, que así se denomina en la gama de colores de los pintalabios (y no es que me travista por las noches es que mi madre tenía uno de ese color cuyo nombre me llamó siempre la atención); debajo de aquellos labios rojo pichón rezaba un eslogan publicitario de armas tomar: Estudio Fotográfico Mesones, *De las feas hacemos guapas, y de las guapas, locuras*. Me reía hacia dentro en el momento en que escuché que alguien me llamaba por mi apellido: “¡Taján!”, y me giré un poco asustado. Se trataba de mi catedrático de Derecho Internacional Público, al que acompañaba una bella mujer.”Le presento a Clara, mi señora, –dijo Don Gregorio, y después precisó con sorna- y al difunto”, su esposa exclamó, “¡Por Dios, Gregorio!”, “Hija, un poco de humor negro”, y acercándose a mí me contó: “Venimos de la consulta del ginecólogo. Nos ha dicho que el niño que esperábamos se ha muerto en el vientre de Clara, antes de ver la luz, por eso le presento al difunto que ha pasado a mejor vida antes de entrar en esta”, y dicho esto Don Gregorio soltó una carcajada tragicómica.

Eso es humor negro: broma fúnebre y feroz, sátira augusta y profunda, parodia vil, vanidad incontrolada y maligna, y sobre todo, falta de consideración, astracanada que defeca encima de los prejuicios morales más arraigados, “el humor feroz”, según Baudelaire. Lo dominó como nadie uno de sus fundadores literarios, el famoso autor de “Los viajes de Gulliver”, el misántropo Jonathan Swift, que en *A modest proposal* (1729), “Una proposición modesta”, acerbo ensayo, a estas alturas un clásico del género, proponía, para paliar los desequilibrios económicos de Irlanda, que los campesinos inquilinos de tierras vendieran a sus hijos a los propietarios, y que estos se los comieran, saciando de esa forma sus voraces apetitos. Varios autores ingleses, con despiadada ironía, cultivaron posteriormente el humor negro con títulos que en su momento causaron gran revuelo; “El asesinato considerado como una de las bellas artes” (1827-1828), sin ir más lejos, está compuesto por dos artículos inmorales, supuestas conferencias dictadas por su autor, Thomas De Quincey –además memorialista del opio-, en las que defiende que una vez se ha cometido un crimen, deben continuar ejecutándose otros, lo único que se debe lograr es el máximo refinamiento en la comisión del mismo, de esa forma, la serie de asesinatos calculados

se irían perfeccionando hasta convertirse en una obra de arte definitiva, dado que, insiste De Quincey, los detalles sangrientos “deben dejarse al populacho”.

El fabuloso Óscar Wilde, otro escritor-artista como De Quincey, pero con un delicioso toque humano, un travieso dandi que apostó su vida en un tablero negro y perdió, hizo una incursión en el género con el jocosos relato *Lord Arthur Savile's crime* en el que su protagonista arroja al Támesis al quiromántico que precisamente le vaticina que en su destino se encuentra el cometer un asesinato. Es indudable que Lord Arthur liquida dos pájaros de un tiro; pero, en realidad, es Wilde, utilizando al pusilánime y torpe Salvile, quien liquida a más de dos pájaros de un tiro: su teatro imaginario, simbólicamente peligroso, estaba compuesto por un elenco de actores frívolos, egoístas, papanatas y supersticiosos, que no eran sino los aristócratas que más tarde le enviarían a prisión, no sólo por haberse refocilado en el lecho con uno de sus vástagos, sino por haberse mofado de sus costumbres, en su propia cara, durante casi dos décadas.

En “El diccionario del diablo”, el norteamericano de Ohio Ambrose Bierce (1842-¿1913?) define el parricidio como “golpe de gracia filial por el que uno se ve liberado de los irritantes tormentos de la paternidad”; Bierce desarrollaría después esta definición en su libro de cinco relatos titulado “El club de los parricidas”, en los que padres y madres honestas, que se conocen vulgarmente como buenas personas, son ultimados, o abandonados por un ligero descuido u omisión, por sus hijos, que consiguen, al fin, zafarse de la sutil cadena de mando. Ambrose Bierce desaparecería misteriosamente en el México revolucionario –igual que unos años más tarde, el poeta-boxeador Arthur Cravan, sobrino de Óscar Wilde-, se dice que rondando a las tropas de Pancho Villa; nunca más se le volvió a ver, pero antes de morir tuvo tiempo de escribir y enviar una carta, también *negra*, a su prima Nelly, de Washington. Seleccione un pequeño fragmento de esta joya del género: “Si oyes que he sido fusilado en un muro de México, entiende que es forma digna de morir, supera a la ancianidad, a la enfermedad, o a una desgraciada caída por las escaleras...Ser gringo en México, querida, ¡eso es eutanasia!” Nunca perdió la quemazón Ambrose Bierce, un autor que concebía la felicidad como “la contemplación de las desgracias ajenas”

Dejando para más adelante un estudio, que nunca haré, acerca de las malignas jugarretas del pícaro entre pícaros, Lazarillo de Tormes, que lucha sin piedad, ni Dios que le proteja, ni moral, ni espanto, contra la pobretería y los piojos de los últimos Austrias, doy un salto de siglos y entresaco un par de greguerías de Ramón Gómez de la Serna escritas en uno de sus revuelos helicoidales con saya negra: “El verdugo es igual al antropófago: los dos matan para comer” o “Un cementerio es una gran botica fracasada”; el humor negro peninsular se nutre de un sinfín de frases pero pesco dos pronunciadas por sendos dramaturgos de la *dextra*, bastante vilipendiados por la *sinistra*, salvo Valle-Inclán que estimaba, y mucho, el teatro de Muñoz Seca. La primera

frase, bastante conocida, es la que protagonizó el autor de “La venganza de Don Mendo” ante su pelotón de fusilamiento en Paracuellos del Jarama el 28 de noviembre de 1936: “Podéis quitarme el reloj, la cartera o las llaves, y hasta la vida podéis quitarme. Pero hay una cosa que no vais a poder quitarme: el miedo que tengo”, e inmediatamente después, más negro que el negro: “No, hasta el miedo habéis conseguido quitarme”.

Y ahora detengámonos en Edgar Neville, “remolino de constantes paradojas”, según Mingote. Es sabido que el Conde Berlanga del Duero era, en su juventud, un joven alto y atractivo –así se le ve en su incursión hollywoodiense posando para la cámara fotográfica junto a Charles Chaplin o Douglas Fairbanks; pero, desde mediados de los años cuarenta, Edgar Neville comenzó a engordar mórbidamente. Rafael Pérez Estrada me detalló, con el *estado de gracia* que le caracterizaba, que en un almuerzo, al que le había invitado, a mediados de los años sesenta, en el ya desaparecido restaurante malagueño “La Alegría”, Neville empezó a deglutir al revés, esto es, por el postre, acto seguido, se zampó, por este orden, segundo y primer plato, y sin cortarse un pelo, llamó educadamente al camarero y le ordenó un flan con nata y un gazpacho, comenzando una segunda vuelta cuyo final varió acompañando al flan no sólo con la nata sino también con unas gambas cocidas. Era tal su obesidad que en los últimos años de su opípara existencia llegó a dormirse sentado en la grúa desde la que filmaba la versión cinematográfica de su afamada obra de teatro “El baile”, con su intocable musa Concha Montes. Pero lo peor fue cuando Morfeo lo raptó mientras conducía su Aston Martin por Despeñaperros en una de sus escapadas a Marbella para ejercer de anfitrión perfecto de Jean Cocteau que, precisamente, afirmaba que el humor era una coartada para distraer a la muerte; Neville salió ileso del accidente automovilístico pero no de Concha Montes, que le conminó a someterse a una dieta. Entonces Edgar convocó a sus hijos en el madrileño Hotel Príncipe Pío para anunciarles, en la sobre mesa de un almuerzo interminable, que se sometía a una dieta de adelgazamiento en la que no creía nada más que Conchita, porque él tenía la firme convicción de que sería un fracaso y moriría con su mismo peso, o quizá con unos cuantos kilos de más. Pero antes de despedirse Neville conminó a sus hijos a cumplir un último deseo: “Os ruego, por favor, que en mi tumba rece el siguiente epitafio: Aquí yace Edgar Neville que por fin se quedó en los huesos”

Y Agustín de Foxá explicándole a su sobrinita en Las Ventas. “No llores, tonta y mira como el toro le saca las tripitas al caballito”; y Jardiel, entre amigos y sobre los críticos literarios: “No hay manera, si queréis los mejores elogios, moríos”; y la frase de Evelyn Waugh que inspiraría su magistral novela *The loved ones* “Los seres queridos”, esa que escribió con el corazón congelado: “creo que la amistad entre el hombre y el perro no sería duradera si la carne de perro fuera comestible”; y Jorge Luis Borges al ser preguntado acerca de la corrupción política argentina: “Sin duda es mejor pensar en Dios que aceptar sobornos”, o en respuesta a la negativa de la academia sueca a

concederle el Nobel: “Yo siempre seré el futuro Premio Nobel, debe ser una tradición escandinava”, o sobre la democracia, en pleno Proceso de Reorganización Nacional: “La democracia es una superstición muy difundida, un claro abuso de la estadística”; y hablando de repugnantes dictaduras, la contestación, más que negra, del general Augusto Pinochet, al ser interpelado por una periodista sobre el hallazgo de cadáveres, distribuidos de dos en dos, o incluso tres, en tumbas sin nombre. El dictador, sin demostrar el mínimo arrepentimiento, respondió: “pero qué economía”, ante la estupefacción de los representantes de los medios de comunicación. El protagonista de la excelente novela “Estrella distante” de Roberto Bolaño es Carlos Wieder, poeta y piloto autodidacta nazi que mientras se producen las torturas en el Estadio de Santiago tras el golpe del 11 de septiembre del 73, él escribe en el cielo con un avión de propulsión a chorro la palabra MUERTE; Carlos Wieder, está inspirado en un poeta chileno real, fuerza influyente, perversa y dominante de aquel periodo. En otra de sus novelas, “Nocturno en Chile”, Bolaño transformará directamente al dictador Pinochet en un alumno de una academia donde se imparten cursos rápidos de marxismo. Los poetas Oido y Odiem (Odio y miedo) son dos personajes secundarios, seguidores del régimen de facto, y verdaderamente repugnantes.

La lista es interminable. Para muchos no puede entenderse la creación literaria sin que en esta no se incluya el sarcasmo más acerbo, sin el humor negro, sin la otra cara de la vida que es la muerte, única realidad que nos esforzamos en seducir, desde el principio de los tiempos, sin conseguirlo, esa es nuestra gran derrota. La antología canónica de humor negro es la subjetivísima *–magistral antojología–* de André Breton, publicada en 1940 y censurada por el régimen colaboracionista, y bastante negro, de Vichy, cuya lista puede gustar más o menos, pero que es indudable consiguió elevar el humor negro a género literario, y es que el elenco era de primera clase, aunque algunos, a mi entender, desafinaran, como André Gide. Existen otras antologías posteriores menos conocidas, pero quiero destacar la de ese lobo solitario llamado Cristóbal Serra y su “Antología del Humor Negro español, del Lazarillo a Bergamín”, editada en 1976, que recomiendo vivamente para abordar la variedad de autores *negros* hispanos.

El crítico francés Saint-Beuve en *Mis venenos*, miscelánea de opiniones tan radical en sus planteamientos que él mismo Saint-Beuve no autorizó que se publicara hasta muchos años después de su muerte, tenía muy claro lo que era la raza humana: “La humanidad, salvo excepciones, es siempre y por todas partes igual: mala, grosera, viciada..., la humanidad es pura ilusión óptica”

Saint-Beuve no andaba descaminado: la literatura habla.